

Elena Poniatowska

El movimiento estudiantil en 1968*

Del movimiento estudiantil de 1968 y de su desenlace, el 2 de octubre, no salieron sólo actitudes independientes aisladas. No sólo hubo actitudes ni cambios individuales, quizá lo más importante por su condición colectiva y organizada fue el nacimiento de nuevos grupos de izquierda. El PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores) de Heberto Castillo y Demetrio Vallejo y la construcción de la sección mexicana de la cuarta internacional: el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) así como la LOM (Liga Obrera Marxista) son los ejemplos más serios (aunque los últimos trotskistas sean sistemáticamente soslayados por los medios "informativos"). En segundo término y con líneas que van desde lo difuso hasta lo turbio está el PST (Partido Socialista de los Trabajadores). El PPM (Partido Popular Mexicano) etcétera. La revista de oposición *Punto Crítico* hecha por Raúl Álvarez Garín y Adolfo Sánchez Rebolledo es otra consecuencia inmediata del 68. Hubo otros cambios o "radicalizaciones" personales: la de Carlos Monsiváis en el suplemento cultural de *Siempre!*, Cosío Villegas en *Excelsior*, Gastón García Cantú en *Excelsior*, José Emilio Pacheco en el *Diorama*; Paz y Zaíd en *Plural*, Fuentes en *Tiempo Mexicano* pero el que más conmueve es sin lugar a duda la de Heberto Castillo. El ingeniero Heberto Castillo era un hombre dedicado fundamentalmente a la investigación, al quehacer científico, a la docencia. Destacaba además en su campo, como destacó durante toda su carrera. Hubiera podido dedicarse al quehacer político en la universidad, en el periódico, en una revista. Sin embargo escogió luchar como político al lado de la gente más desamparada del país. En general, los intelectuales no renuncian al privilegio de serlo, Heberto Castillo canjeó ese privilegio por escuchar durante horas en reuniones interminables a hombres y mujeres que solemos llamar "palurdos", quienes vuelven machaconamente una y otra vez a lo mismo. Como individuo, Heberto Castillo tenía la opción de ser o de parecer revolucionario. Podía escribir, dar conferencias y reservarse el derecho de participar de acuerdo a su conveniencia. (Esto en México, suele darles muy buenos resultados a los intelectuales). Asumir la obligación de cumplir un acuerdo colectivo, he aquí la piedrita en que tropiezan todos. Heberto Castillo se la jugó, el 68 le enseñó desde luego a ver fuera de su clase y a reconocer que si bien él sabía más de matemáticas que un obrero ferrocarrilero, éste podía descubrirle qué significaba ponerlas en práctica. En la Universidad hay profesores de izquierda que dan clases revolucionarias. Lo más que les puede suceder es que les quiten el trabajo. A alguien como Heberto Castillo que lucha al lado de los trabajadores, de los campesinos, lo que le puede suceder es que le quiten la vida. Otros jóvenes también se han dedicado casi por completo a militar dentro de un partido: Gustavo Gordillo, Eduardo Valle Espinoza "El Buho", José Tayde Aburto, Salvador Ruiz Villegas, Manuel Aguilar Mora, dirigente del PRT, y la actividad de Gilberto Guevara, Raúl Álvarez Garín, Félix Gmundi, Luis González de Alba, Romeo González Medrano, Pablo Gómez, Eduardo de la Vega, Salvador Martínez della Roca es eminentemente política. El movimiento estudiantil del 68 suscita aun hoy en día, un interés apasionado, a pesar de que la población juvenil vive un cambio constante al ser lógicamente promovida. La fluctuación en las aulas, el arribo de nuevos jóvenes podría condenar el movimiento al olvido, pero no es así. La consigna: "No olvides el 2 de octubre" flota en el aire. Aunque los muchachos ya no sean los mismos, el deseo de información sobre el mo-

vimiento permanece. Sin embargo yo nunca he visto en los dirigentes del 68, en los encarcelados, una actitud de plañidera. Gilberto, para acabar pronto *jamás* habla del 2 de octubre. Raúl tampoco. Luis González de Alba sonríe, todos caminan con los ojos hacia el 79, el 80, el 82, Luis participa activamente en las luchas sindicales del STUNAM; ninguno tiene los ojos vueltos hacia atrás, El Buho cuenta chistes, El Pino los hace, no hay en ellos nostalgia alguna, ninguna actitud de señorita quedada del 68. Sólo en una ocasión escuché a un estudiante decir: "¡En el 68, yo fui alguien".

En 1968, de pronto estalló en la calle, en el Paseo de la Reforma, en el Zócalo la voz que había permanecido callada durante tantos años, al grado de que se hablaba del mutismo del mexicano, la dejadez del mexicano, el "ni modo" mexicano, la indiferencia del mexicano. En 1968, miles de mexicanos salieron de sus casas a gritar su coraje, su inconformidad. De pronto, no sólo demostraban su repudio al gobierno sino que estaban dispuestos a exigir que se cumplieran sus peticiones, clamadas bajo el balcón presidencial. El movimiento estudiantil actuó como detonador. El rencor de años transmitido de padres a hijos salía a la superficie. Los hijos empezaron a asfixiarse en esa atmósfera de cuchicheos, de "mejor no", de "al fin que no podemos hacer nada", "las cosas no van a cambiar porque tú hables", etcétera. Al menos podían gritar a voz en cuello y formar esa masa crítica, intencionada, móvil que atemorizó al gobierno a tal grado que lo llevó al enloquecimiento trágico y criminal que escindió nuestra vida pública.

El repudio al gobierno se hizo aún más patente en las elecciones presidenciales de Echeverría. A pesar de los continuos discursos, de la propaganda masiva, el abstencionismo fue de un 36%. Alcanzó un porcentaje superior a la tercera parte de los ciudadanos empadronados. Mario Moya Palencia los llamó el partido de los abstencionistas y habló de su profunda decepción en el sistema democrático. El número de boletas anuladas fue enorme: 26% de votos anulados y esto sí pensamos que el número de empadronados fue de 21,700,000 en 1970, resulta para el PRI desalentador, y poco halagüeño para el candidato cuya campaña sobrepasó todas las posibles conjeturas en cuanto a esfuerzo, dinamismo y actividad. Un 36% de electores que se niegan a votar es un trago amargo para un futuro presidente.

Si el lema estudiantil fue ganar la calle, el de Echeverría pareció ser ganar estudiantes.

Dos años más tarde las consecuencias del movimiento estudiantil y de la noche de Tlatelolco habrían de aflorar en la actitud del gobierno de Echeverría (1970-1976). Si el lema estudiantil fue ganar la calle, el de Echeverría pareció ser ganar estudiantes porque a eso dedicó mucha de su energía. En *La Ideología del Movimiento Estudiantil en México*, Abelardo Villegas escribe: "Lo más grave, el máximo enemigo del movimiento estudiantil no es la represión violenta sino la asimilación gubernamental". En ello gastó mucho de su valioso tiempo el presidente Echeverría, en conquistar a intelectuales que a una edad relativamente temprana tuvieron acceso al poder. Entre los líderes estudiantiles el caso más sonado fue el de Sócrates Campos Lemus que pasó a formar parte de la nómina nada menos que de la Secretaría de Gobernación, pero Sócrates ya había sido desenmascarado por los líderes del CNH y jamás compartió las crujiás de los presos políticos.

—Elena Poniatowska es una de nuestras más importantes escritoras. El texto que aquí presentamos forma parte de un libro sobre el movimiento estudiantil de 1968, que próximamente publicará la editorial Joaquín Mortiz.

La violencia con que se reprimió el movimiento del 68 lo convirtió en el punto neurálgico de la acción política posterior.

El problema de los estudiantes es un problema de clase media y, por lo tanto, tiene un carácter reducido al ámbito de las instituciones de cultura superior. Hay infinidad de problemas distintos: el del hambre, la salud pública, el desempleo, la dependencia económica de los Estados Unidos pero la violencia con que se reprimió el movimiento estudiantil lo convirtió en el punto neurálgico del cual se parte para iniciar cualquier acción política. El gobierno de Echeverría, además de co-partícipe recogió el estigma de Tlatelolco y trató de borrarlo a toda costa. Era difícil que Echeverría repitiera lo que le respondió a Pearl González reportera de *The News* en su conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros a principios de su gestión. Pearl le preguntó, en forma pertinente: "¿Por qué no se usaron gases lacrimógenos en vez de armas para detener a los estudiantes?" Y Echeverría dijo: "que los muchachos nada tenían que andar haciendo en las calles pues su lugar estaba en las aulas frente a sus libros". Tal parece que el gobierno de Echeverría funcionó en torno a Tlatelolco y con razón, pues un nuevo Tlatelolco —según los observadores políticos— hubiera significado la instauración de la dictadura. (Frente a la matanza del 10 de junio, por ejemplo, la actitud del gobierno fue absolutamente distinta. Los mexicanos *todos*, pueblo y gobierno, eramos víctimas de una conjura; debíamos unirnos en torno a nuestro dirigente para rechazar al enemigo. Los estudiantes no eran los malos, los malos eran las fuerzas *oscuras* infiltradas dentro del mismo gobierno). Si el gobierno había perdido credibilidad ante el público, trataba de recuperarla allegándose a los jóvenes. Gabriel Zaíd me contaba que un presidente de Guatemala o algo así, cada vez que atisbaba una manifestación en contra suya bajaba hecho la mocha desde el balcón presidencial y encabezaba la oposición. Con Echeverría sucedió un poco lo mismo; el presidente en persona salía a la conquista del estudiantado con una vehemencia impensable sin Tlatelolco. Aunque este ejemplo parezca nimio, refleja sin embargo la actitud del mandatario. En Baja California, los estudiantes solicitaron dos camiones. Echeverría les dio seis. Un muchacho, Dionisio Hiraes Morán le obligó en Tijuana a guardar un minuto de silencio por los muertos de Tlatelolco. Cuando Echeverría quiso agregar a los soldados muertos, el estudiante se opuso: "No señor, aquí somos nosotros los que ponemos las condiciones". (Son tres los hermanos Hiraes: Dionisio, Gustavo y Sergio). Uno de ellos se reportó desaparecido, otro está en Cuba y otro preso en México a pesar de que los guaruras de Echeverría se encargaban siempre de golpear y vejar a los que el propio Echeverría toleraba públicamente. ¿Lo hacían con el conocimiento del mandatario? ¿Eso no lo sabremos nunca).

¿Cambió nuestro país? Si, el gobierno se hizo más fuerte, el ejército más temible, la policía más brutal, los fines diazordacistas se alcanzaron victoriosamente. El ultraizquierdismo como desviación política, el esquematismo como enfermedad endémica tal como lo analizó la revista *Punto Crítico*, dieron lugar a fenómenos tan aterradores como el de *los enfermos*, en la Universidad de Sinaloa, muchachos delirantes que se dedicaron a punta de pistola a sacarle las tripas a "las mierdas burguesas". El PRT, en un documento titulado: "Hablan los presos políticos" caracterizó el proceso de descomposición de la *Liga Comunista 23 de septiembre*. A partir de la impotencia, la gente se organiza o enloquece. *Los Enfermos y Los Hal-*

cones son dos caras de la misma moneda; hasta ahora, los actos de represión en nuestro país sólo han favorecido al fascismo y uno de los mayores aliados de la CIA en México ha sido la llamada *Liga Comunista 23 de septiembre* en sus actuales manifestaciones.

En México es posible movilizar a grandes sectores del pueblo al margen de los controles oficiales.

Una gran parte de la atención de Echeverría se centró en los jóvenes; jóvenes en su gabinete, jóvenes en las gubernaturas de los estados, jóvenes en puestos políticos y administrativos; que se oiga pues la voz de los jóvenes aunque ésta se oficialice capturada en el engranaje gubernamental. El gobierno de Echeverría reconoció que el movimiento estudiantil con todas sus fallas y sus virtudes, era una fuerza muy importante, vital dentro de nuestro país. ¿Hubiera sido posible gobernar de otro modo? Quizá sea esta la mayor victoria del movimiento estudiantil de 68, la presión ejercida día a día, a corto y largo plazo sobre las autoridades gubernamentales. El propio Demetrio Vallejo declaró que su libertad —una de las banderas que enarboló el Movimiento estudiantil— se debió a la acción de los estudiantes. La discusión pública, el surgimiento de actitudes críticas, la demostración de que en México, "es posible movilizar a grandes sectores del pueblo, al margen de los controles oficiales", el interés puesto en las universidades, tanto en la nacional como en las de provincia, parecieron en el sexenio pasado otra victoria estudiantil. *Excélsior*, a pesar del boicot en su contra de las grandes tiendas llegó a publicar en sus páginas editoriales y en los informes y crónicas de sus reporteros críticas muy claras al gobierno, a los altos funcionarios e incluso al presidente de la república. *Excélsior* informaba de conflictos obrero-patronales que tenían poca o nula posibilidad de divulgarse en los grandes medios de comunicación y que por su carácter en un momento dado, parecieron constituir el embrión de un gran proceso de movilización popular. Se hacían análisis del sindicalismo independiente, del universitario, de despidos arbitrarios, denuncias campesinas, marchas de protesta e imposiciones priistas. La mayoría de los políticos en el poder, temerosos de que una bomba de tiempo les estallara en las manos, comenzaron a moverse. Había que preveer un posible *Watergate*. La señora Echeverría hablaba de "nuestro gran amigo Julio Scherer" y Daniel Cosío Villegas recibió de Los Pinos una máquina de escribir eléctrica cuando la suya se descompuso como lo publicó en su editorial, a pesar de sus renovados sarcasmos y sus despiadadas "puntadas" en torno a la sucesión presidencial. Echeverría guardó la compostura casi hasta el final. El día en que la perdió "asesinó a *Excélsior*" y así lo escribió el corresponsal del Washington Post, Terry Shaw.

El 10 de junio, jueves de corpus de Echeverría.

Si Gustavo Díaz Ordaz dijo en su quinto informe de gobierno, el 10. de septiembre de 1969: "Por mi parte, asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica por las decisiones del Gobierno en relación con los sucesos del año pasado", Luis Echeverría culpó a fuerzas opuestas a su gobierno, por la nueva matanza del 10 de junio de 1970. "Lo del 10 de junio fue una agresión en contra del Gobierno, fundamentalmente; quien no lo entienda así, no está entendiendo lo que está sucediendo en México. Estábamos pre-



cisamente luchando por el respeto a la autonomía de las universidades cuando sucedió esto". El mismo 10 de junio en la noche cuando lo visitaron periodistas dijo con esa intensidad, esa sí subrayada, que es uno de los rasgos de su carácter y de su fisonomía: "Si ustedes están indignados, yo estoy más indignado". A partir de ese momento, Luis Echeverría no cesó en su afán de explicarse ante el público. El 15 de junio de 1971 le concedió una entrevista a Jacobo Zabłudowsky y cuando éste le preguntó si serían castigados los culpables respondió: "Categoricamente sí, Jacobo". Todo el aparato publicitario del país, la televisión, la prensa, los órganos de difusión, se dedicaron a condenar airadamente los sucesos del 10 de junio. Pero no por eso hubo mayor claridad respecto a los muertos que en Tlatelolco. Primero fueron cuatro, después once, después siete cadáveres procedentes del Rubén Leñero quienes fueron identificados por sus familiares, entre ellos un niño de 14 años: Jorge Calleja Contreras. En los periódicos se habló del grupo paramilitar: los Halcones, fornidos como gimnastas, de zapatos tenis, entrenados en kendo, que con sus bastones o varas "chang" atacaron a los manifestantes. Se habló incluso de su campo de entrenamiento en la Cuchilla del Tesoro, San Juan de Aragón y de que los halcones habían bajado de camiones pintados de gris que más tarde regresaron a los patios del Departamento del Distrito Federal. Si no se precisó el número de muertos ni el número de heridos, el tono de la información periodística, el tratamiento al "respetable público" cambió. Juan Miguel de Mora, testigo presencial hizo un relato clarísimo. El Gobierno era víctima de una conjura, el pueblo de México debía apoyarlo. El día 12 de junio salieron a un recorrido-inspección ocular por el lugar de los hechos, el jefe del estado mayor de la policía, coronel Ángel Rodríguez García, el procurador Sánchez Vargas, el secretario de educación Bravo Ahuja. Lo recuerdo especialmente por la noble actuación del periodista de *Novedades* Enrique Alfaro quien interrumpió al coronel y lo acusó de estar desvirtuando los hechos y de haber apoyado a los grupos agresores al dejar pasar los vehículos grises de los cuales descendieron los grupos de choque con varas que agredieron a los manifestantes. Cuando el coronel respondió: "Teníamos instrucciones de no intervenir, la policía nunca ha intervenido en las manifestaciones estudiantiles" Enrique Alfaro se indignó y con él muchos oyentes ya que su firme actitud rompió la sempiterna pasividad de los mirones.

Para el 16 de junio, el PRI preparó una magna concentración de unidad nacional en torno al *Presidente agraviado*. Contingentes de Puebla, Tlaxcala, Morelos, Hidalgo darían su apoyo. Gerardo Medina Valdés relata cómo en el Centro Médico se interrumpió una de las sesiones para anunciar a los congresistas de Seguridad e Higiene que mañana era la concentración de respaldo al ciudadano presidente de la República. Un delegado de Los Mochis pidió la palabra: "Oiga y ¿para qué es eso? ¿Se trata de una orden o de una invitación?" "Compañero, claro que se trata de una invitación y el acto se debe a lo del 10 de junio, hay que ir a apoyar al señor Presidente". El sinaloense entonces respondió: "Pues yo por mi parte, no vine a cazar halcones pero tampoco vine a ser pichón".

Ese mismo día, en la noche, fueron destituidos el jefe del Departamento del Distrito Federal Alfonso Martínez Domínguez, y Rogelio Flores Curiel de la Policía, ambos buenos amigos y compañeros del presidente de la República que necesitaba que no hubiera "una sombra de duda respecto a las investigaciones". Julio Sánchez Vargas fue sustituido por Ojeda Pau-

llada. Ahora sí, no habría sombra alguna, se descubrirían los halcones y las fuerzas opuestas al gobierno de Echeverría. Transcurrió el mes de junio, los periódicos hablaron cada vez menos de la matanza, las investigaciones pasaron a planas interiores, hasta que con el tiempo el interés público se fue perdiendo (con sólo no fomentarlo) y Echeverría pudo repetir en su primer informe de gobierno en la Cámara de Diputados:

"En su oportunidad reprobamos categóricamente los sucesos del 10 de junio. Ante la representación nacional reiteramos hoy al pueblo de México que habremos de mantener la autoridad legal de los poderes democráticamente constituidos y la fuerza moral de su investidura.

"Conocemos los obstáculos y las fuerzas que se oponen a nuestro propósito. Sabemos a quiénes benefician nuestras eventuales discordias. No estamos dispuestos a permitir que intereses ajenos, facciones irresponsables o ambiciones egoístas de poder comprometan los objetivos que el pueblo comparte y está decidido a conseguir".

¿Y los halcones? ¿y las fuerzas? ¿y los nombres? En eso quedó. Nunca se aclaró nada, nunca apareció halcón alguno, nunca por lo tanto se castigó a uno solo de los culpables. ¿O puede considerarse castigo el rostro ensombrecido de Alfonso Martínez Domínguez? Meses más tarde si uno se atrevía a preguntar qué había pasado con la investigación, resultaba sospechoso, un aliado de "las fuerzas", un saboteador de la magna, la sacrificada labor presidencial. Echeverría siguió acercándose a las universidades y a los grupos estudiantiles, remontando tenazmente la cuesta del 68, la del 70. Pero la gente del pueblo cansada de tanto esperar bautizó al grupo de bailarinas del folklore "Las Palomas", de la compañera María Esther con el nombre de "Las Halconas de San Jerónimo".

Casi diez años después, resulta que Gustavo Díaz Ordaz también es una víctima y que su país le debe la vida.

Si Luis Echeverría, el 10 de junio de 1971 resultó víctima de fuerzas opuestas a su país, Gustavo Díaz Ordaz concedió el 12 de abril de 1977 en Tlatelolco la más insolente conferencia de prensa al ser nombrado por el nuevo presidente López Portillo embajador de México ante el Rey Juan Carlos de España. Allí nos enteramos de que Gustavo Díaz Ordaz también era víctima del 68 y sobre todo del sexenio echeverrista en el que tuvo que guardar un duro silencio a pesar del ostracismo y de los ataques. Ahora, reivindicado por López Portillo, limpio de polvo y paja, podía abrirnos su corazón y contamos hasta de sus amantotas, las que la prensa pendiente de su vida erótica le achacaba. Curiosamente él fue quien habló de la sangre, de sus manos limpias de sangre (explicación no pedida...) mientras resonaba en medio de los flashazos, el diminuto tableteo de la cámara de cine, recordando a otro tableteo en esta misma Plaza de las Tres Culturas. Metió sus manos de nuevo en la herida de Tlatelolco y retó groseramente a sus interlocutores: "¿Dónde están los cientos, los miles de muertos, señores periodistas?".

Sólo Díaz Ordaz lo sabe, porque el 2 de octubre legalmente murieron dos soldados en Tlatelolco: Constantino Corrales Rojas y Pedro Gustavo López Hernández, los únicos dos que tienen actas de defunción. Si uno relea la prensa de aquellos días verá que los muertos son mencionados con cifras, nunca con nombre y apellido. A los padres de familia que fueron a buscar a sus muertos, ya fueran transeúntes, vecinos, estudiantes, curiosos o alborotadores, se les trató como si fueran los padres

o los hermanos de traidores a la patria y se les obligó a firmar declaraciones de conformidad a "muerte por accidente" sin investigación, ni derecho a reclamación alguna. Esta fue la condición para entregar los cuerpos. En la Procuraduría, algunas madres de familia se presentaron días más tarde para pedir justicia; no sólo no se les hizo sino que se les dijo que serían arrestadas si pretendían divulgar o continuar sus pesquisas. A fines de octubre, el CNH (Consejo Nacional de Huelga) organizó brigadas de encuesta en la casa de desaparecidos. Nadie quiso hablar. "¿Ya para qué?" Una madre de familia reveló: "¿Qué no ven ustedes que todavía tengo otros hijos y también me los pueden matar?".

Del horror, de la barbarie de la persecución estudiantil en México, dio fe la periodista Oriana Fallaci que apenas pudo hacer pública su protesta diciendo que en Vietnam por lo menos había refugios anti-aéreos al anuncio de un bombardeo, pero que en México las ráfagas de ametralladoras caían sobre una masa inerte en el acto más inmoral y más terrible presenciado en su larga vida de periodista y hasta de corresponsal de guerra.

Al-pueblo-de-España-no-le-manden esa-araña

Si la gran prensa recibió el nombramiento con unanimidad elogiosa, la vuelta a la vida pública de Gustavo Díaz Ordaz causó estupor en los círculos estudiantiles, universitarios, académicos. Más de 700 intelectuales, artistas, periodistas, maestros, investigadores firmaron una carta de protesta. Varios editorialistas enfatizaron su desacuerdo. Se trataba de una provocación tanto a México como a la naciente democracia española. Díaz Ordaz no debería ser enviado como embajador a país alguno, Díaz Ordaz debía ser juzgado. ¿Cómo era posible que López Portillo designara al hombre que lanzó al ejército en contra del pueblo, al hombre que desde 1968 es sinónimo de represión, de ruptura entre los mexicanos? ¿Qué emisario era ése? Una de las primeras declaraciones de López Portillo cuando accedió al poder fue acerca de la crisis del 68, que según él escindió al país ¿por qué nombrar entonces al hombre que se declaró responsable de ella? ¿Quién diablos podía entenderlo? ¿Se trataba de nuevo de la unión de fuerzas oscuras y enemigas en torno a un presidente cuya posición se veía amenazada? Nadie tenía respuesta alguna. La concentración estudiantil del 26 de abril de 1977 fue silenciada a pesar de sus casi diez mil asistentes. El *Sol de México*, por ejemplo, periódico ligado a Echeverría consignó una manifestación que desquició el tránsito pero no dijo ni por qué era. En sí, la marcha fue bonita. En el cine *Latino* daban *King-Kong* y los muchachos se dieron vuelo: King-Kong-Díaz Ordaz-King-Kong-Díaz Ordaz / España-socialista-Díaz Ordaz-fascista / Díaz Ordaz-yu-juuuu-tan-simpático-tan agradable-tan fascista-el-hijo-de-su-madre /" y algunos estribillos regocijantes que de plano invitaban a bailar como este hallazgo: Al-pueblo-de-España / no-le-manden-esa-araña. / La gente en la banqueta también reía y muchos se ponían a saltar como canguros en el asfalto del Paseo de la Reforma: "El-que-no-brinca-es-Díaz Ordaz". Los periódicos guardaron un silencio sepulcral. Tal parecía que todos seguían la consigna enunciada en la conferencia de prensa del propio Díaz Ordaz: "¿Cuáles muertos, cuál 2 de octubre, cuál noche de Tlatelolco?". Allí murieron treinta o cuarenta nunca más, treinta o cuarenta entre alborotadores y curiosos, de esos que van pasando, los que se caen por asomarse, los que no tienen nombre o si lo tienen no puede asociarse a rostro alguno, los que mue-

ren en las inundaciones, en los temblores, los fregados, la carne de cañón, los muertos de hambre a quienes siempre les toca lo malo y a quienes les tocó la bala el 2 de octubre, ni modo aquí les tocó, por andar de babosos, de revoltosos, porque no importan, porque bien pueden ser cuarenta o cuatrocientos o cuatro mil, porque no son nadie, como tampoco son nadie estos diez mil que andan ahora brincoteando mientras corean: "Aplaudan - aplaudan - no dejen de - aplaudir - que - el - pinche - gobierno - se - tiene - que - morir!"

Denuncia en contra de Díaz Ordaz en la oficialía de partes de la Procuraduría.

El 20 de noviembre de 1971, Emilio Krieger, Juan Manuel Gómez Gutiérrez, Carmen Merino Millán, Guillermo Andrade y Carlos Fernández del Real citaron a los periodistas en la antecámara del procurador Pedro Ojeda Paullada. Iban a entregar en la Oficialía de Partes una denuncia en contra de Díaz Ordaz. Los delitos oficiales de que lo acusaron: *Violación de Garantías Individuales, Infracción de Leyes Constitucionales que cau-*

sa trastorno en el funcionamiento normal de las Instituciones según el Art. 29 Constitucional. Los delitos comunes: Homicidio y Lesiones. Se adjuntaron a esta demanda, pruebas, copias fotostáticas, nombres de algunas de las personas muertas en la Plaza de las Tres Culturas, procesos, libros testimonios de los siguientes periodistas que aceptaron ser citados a declarar: Jesús M. Lozano, Miguel Ángel Martínez Agís, Félix Fuentes, Jorge Avilés R., José Luis Mejías, José Antonio del Campo. El Procurador de la República, Pedro Ojeda Paullada, recibió a los abogados, tomó la denuncia, las actas, las pruebas, los libros, etcétera y les dijo —sonriendo— a los abogados al meter todo el material en el cajón de su escritorio: "Ahí se va a quedar".

Y ahí se ha quedado.

También en el cajón del Procurador quedaron los nombres de algunas de las personas víctimas en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Los abogados Fernández del Real y Krieger dijeron que aunque existe la certidumbre de que las per-



sonas asesinadas ascendieron a varias decenas —algunas versiones hacen llegar el número a varios cientos— sólo hacían referencia en su denuncia al delito de homicidio cometido en perjuicio de personas cuya identidad y causa de su muerte pudiera ser plenamente comprobada y casos en los cuales podía acompañarse en copia fotostática la documentación correspondiente. Esto nombres son:

Carlos Beltrán Maciel	(29 años)
Luis Gómez Ortega	(23 años)
Jaime Pintado Gil	(18 años)
Antonio Solórzano Gaona	(42 años, ambulante de la Cruz Roja)
Agustina Matus de Campos	(60 años)
Guillermo Rivera Torres	(15 años)
Cecilio León Torres	(19 años)
María Regina Teuscher (la edecán)	(19 años)
Fernando Hernández Chantre	(20 años)
Gloria Valencia Lara de González (la mujer embarazada: portada del <i>Paris-Match</i>)	(30 años)
Rosa María Maximina Méndez González	(19 años)
Leonor Pérez González	(19 años)
Cuitlahuac Gallegos Bañuelos	(19 años)
Ramón Horta Ruiz	(20 años)
Cornelio Benigno Caballero Gardulfo	(18 años)
José Ignacio Caballero González	(26 años)
Jorge Ramírez Gómez	(18 años)
Rosalino Marín Villanueva	(18 años)
Juan Rojas Luna	(15 años)
Petra Martínez García	(15 años)

Y los dos soldados mencionados con insistencia: Pedro Gustavo López Hernández de 22 años y Constancio Corrales Rojas cuya edad no aparece.

Los abogados consideraron obligación de la Procuraduría General de la República investigar los otros casos de homicidio cometidos el 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas, al reprimirse con la fuerza armada el mítin del Consejo Nacional de Huelga.

*Al pueblo de España
no le manden esa araña*

Diez años después, la única voz oficial que rompió la unidad del coro es la de Carlos Fuentes.

Tal parece que no hemos aprendido. Casi diez años después la única voz oficial que rompió la unidad del coro fue la de Carlos Fuentes. Su renuncia fue buena. En lo que se equivocó es en insistir en que Luis Echeverría nada tuvo que ver en los sucesos del 68. Esto no es posible ni creíble porque si Echeverría se hubiese tan sólo opuesto levemente o una sola vez al entonces presidente de la República jamás hubiera sido su sucesor. Además Luis Echeverría, Corona del Rosal y Julio Sánchez Vargas desde el primer momento declararon compartir la responsabilidad por igual, el 30 de julio de 1968, día del bazuko cuando a las 2.30 de la madrugada los soldados hicieron volar la puerta de madera del Colegio de San Ildefonso y hubo 400 heridos y 1,066 detenidos. Ellos fueron los que solicitaron la intervención del ejército en ausencia del presidente de la República de gira por Jalisco. Más tarde, los mismos: Echeverría, Corona del Rosal y Sánchez Vargas fueron consignados por la Coalición de Maestros ante la Cámara de Diputados por haber violado el artículo 29 de la Constitución al suspenderse de he-

cho las garantías constitucionales, y el artículo 129 de la Constitución que dispone que en tiempo de paz ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tienen exacta conexión con la disciplina militar y el 89 en su fracción VI que dispone que sólo el Presidente de la República puede utilizar la fuerza armada para la seguridad interior de la nación. Por lo general, los miembros del gabinete, los secretarios de estado mexicanos se subordinan al jefe. Son cesados —entre otras razones personales— por incapaces o porque pasan a ser una tuerquita o tuerkota útil dentro del formidable engranaje gubernamental. Por eso también reaparecen. Nunca o casi nunca actúan en forma autónoma. Al menos así ha sido en los últimos sexenios y el único miembro de gabinete que se recuerda por su personalidad —por cierto detestable— es Ernesto Uruchurtu. Los demás ya no tienen ni rostro ni palabra. Ni pintaron ni dieron color. Por eso tiene razón Octavio Paz cuando afirma que el Señor gobierna con sus criados, con su familia. El erario público es también patrimonio familiar. Durante seis años, todos pueden disponer de él: el señor, la señora y los niños de la casa. Por algo en México se es presidente de la República. Por algo se llega al poder.

De la represión de 1968 a la depresión de 1978.

Han pasado diez años después de Tlatelolco. Muchos de los jóvenes del 68 son ahora luchadores en un partido político: Taide Aburto, El Búho, Gustavo Gordillo, Salvador Ruiz Villegas, Manuel Aguilar Mora y otros. Trabajan al lado de los obreros. Su afán revolucionario no se ha gastado; ha crecido. Heberto Castillo es mejor de lo que era, Vallejo también. Entre los intelectuales de la Coalición de Maestros, Luis Villoro pasó a ser un filósofo militante. Gilberto Guevara y Raúl Alvarez llevan a cabo investigaciones y denuncias semejantes a las que los vincularon a los campesinos: la nutrición, el maíz, los ingresos del obrero, el sindicalismo independiente. Raúl lo hace en *Punto Crítico*, Gilberto en su calidad de maestro universitario en biología. Algunos artículos políticos de "El Buho" son notables. Martín Dosal Jottar corrió a Bravo Ahuja (Secretario de Educación Pública) del entierro de José Revueltas: "¿Qué no entiende, señor, que no lo queremos oír?". El Pino planea acciones que harían palidecer al hombre biónico. Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca es el mismo niño héroe que se tiró frente a un bull dozer para que no le quitaran un terreno a su bienamada Chapingo. Ninguno se toma demasiado en serio. Los he visto encontrarse en los camellones y reírse y mirar hacia el Paseo de la Reforma que alguna vez fue suyo. ¿Cuál es nuestra imagen ahora? Nuestra fachada sigue siendo apantalladora. Pulular los Sanborn's, los Denny's, los Linny's, los Burger Boy, los Tom Boy, los Hollyday Inn, los Sheraton, los Ramada Inn, los supers. Las flores ya devaluaditas se cambian constantemente en los camellones y en los parques citadinos, el vidrio reemplaza el tezontle, México sigue siendo uno de los países con la más alta tasa de natalidad, el 3.7%, el PRI muy bien gracias, Fidel Velázquez robustísimo, la clase rica muy poderosa a pesar de o quizá por la devaluación. Aparentemente todo ha quedado igual y sin embargo el aire a veces trae el rumor de las manifestaciones, el júbilo que se oía en las calles, el ímpetu que a todos nos deslumbró y entonces uno siente que todavía subsiste en los jóvenes el arrojo del 68 pero ahora con una mayor reflexión, un sentido más profundo y una proyección en la que quisiéramos adivinar el rumbo terco y decidido para salvarnos históricamente.